Relato Corto #2: EL SOLILOQUIO INCRIMINATORIO.

Daniel Jorge Antón

Image not found.

Capítulo 1

Relato Corto : “El soliloquio incriminatorio”

Imaginando poder convertirme en un asesino con cuarenta y tres años, de la noche a la mañana, dejaría a cualquiera temblando, destruido in situ. El sol está empezando a salir.

La llegada de la luz era inminente y lo trémulo del asunto era que me quedaban pocas horas. Mi cuerpo se transforma en un manojo de nervios. ¡Menudo chiste más cruel, mis dedos que escribían monólogos están a punto de mancharse de sangre! Habría menos emociones de por medio, preferiría no ser tan mal afortunado, si se tratara de alguien que odio; error, lo conocía y lo voy a hacer desaparecer hoy. No existían rencores entre nosotros.

Nos ignorábamos pasivamente, aunque nos conocíamos. Pero descubrí como se llamaba recientemente, Carlos Tremein Santana, rememoro y le imagino con la misma cara de aquel entonces con sus gestos rudos y manchas informes repartidas por el cuello, algo que nunca supe el origen. Admito que me molestaba su persona cuando me informaron él y mi hermana que estaban empezando una relación. Entiéndame, no le tengo ninguna clase de resentimiento, pero ese hombre no rebosaba derecho a la confianza por ningún costado. Técnicamente, estoy siendo misericordioso con él; desde la otra punta de la isla, nuestra madre me comentaba en una visita para tomar café sobre lo bueno que era Carlos, la cantidad de horas que ha estado trabajando en las chapuzas de la casa y de sus maneras de hablar apropiadamente delante de su presencia. Lo ponía tñ por las nubes que hasta le cogí aprecio. ¡Incluso se había apuntado a clases de cocina japonesa! No puedo evitar la felicidad burlona que me nace al pensar en esos platos con forma de corazón y pescado crudo, una obra gastronómica del hombre más pragmático y chabacano que ha parido la ciudad.

Aunque debo de reconocer que el intento surgió efecto positivo tanto en ella cómo el restode la familia... me daba una especie de calma en adición que mi hermana de treinta y nueve años encontrase alguien que hacia cambios de aquella forma.

Tengo una duda ¿de verdad aprecio hasta tal extremo a mi hermana para opinar sobre sus decisiones? La quería desde antes de que lo presentara en una cena de navidad.

Atenuando en el pensamiento, sentía por ella una fuerte necesidad de cariño, trauma de la infancia, que nunca se realizó. Ya sea por la última década que llevo sin verla, es imposible que la olvide. ¿se acordará ella de mi por el contrario? Era improbable, pero yo nadaba por corrientes

predispuestas a los acantilados, forzando los brazos a trabajar en contra de una caída inaplazable. Años más tarde de encontrarnos por última vez, seguía existiendo, por ambos lados, una especie de morriña acompañada de esa fuerte pesadez de no haber tenido la oportunidad adecuada.

Pero...¿la quiero en realidad?Pero... si quiero seguir con esa respuesta, debo de contar lo que ha ocurrido hasta ahora y sin más "peros".

Un mal día de septiembre, copiosamente lluvioso, la casualidad nos reencontró. Media década más tarde se encontraron, encontrándonos en una feria literaria, a cinco minutos del portal de su edificio, aunque en ese lánguido tiempo le había mandado algunos mensajes; mensajes que nunca se prestó a contestarme. Fue todo un logro. Cumplimos nuestras misiones fraternales, abandonadas durante la adolescencia y olvidadas en la madurez. Me pesa decir que satisfacer aquella inconclusa tarea no era mi primera prioridad, se alejaba de mi malogrado deseo.

Había desaparecido la frescura dónde antes unas mejillas rosas se convirtieron en esquina de hueso. Sus ojos no llamaban a la rima, sino al drama. Que recuerdo, ¿cuál es la causa para volver a retomar una relación dada por muerta? Sencillamente, no me pareció relevante la coincidencia. Ella fue la que hablaba y hablaba, mientras yo descubría algunas mentiras sueltas, pequeñas, "boberías" las llamaba ella, encerradas en las paredes del matrimonio. "Ella sigue siendo tan erguida como siempre, pese a la actitud tóxica del marido. Esconde su verdadero tono para no dar lástima." No lo dude. Desmentí a la carrera cada una de las mentiras que pude pillar. Aunque sí me preguntan por qué lo hice, o porqué no me fiaba de ella, no podría contestar. Lo hice, ese era el hecho.

Estuve plenamente persuadido por el hecho de que me engañaba; seguiré convencido.

Da igual, el caso es que por este motivo o por otros puenteamos una nueva relación de amistad. Volviendo a la pregunta del principio, no es discutible pensar ahora mi afecto por ella. En ocasiones, puedo odiarla. Estiré entonces los brazos y la abrasé, llorando por la infamia al descubierto: la verdad oculta, reflejada en la delgadez por presunta falta de alimento, los moretones verdosos debajo de la mangas, unos niveles bajos de felicidad mal-repartida entre la mente y el organismo. Pero una amistad forjada en un día podía fragmentarse al siguiente... si no me caía bastante bien, al siguiente día mi corazón la expulsará a las celdas del rencor.

¡Por sus fallos matrimoniales tengo que matar a una persona que no aborrecía! Aunque no es falta de ninguno. En realidad, era yo el artífice de

mi propia inquina: "Lo mataremos juntos".

He pensado en hacer un monólogo con esta burda experiencia. Reconsiderándolo mejor, ¿para qué compartirle mi nefasta opinión? En el caso de que me preguntaras, te aclararía que mi frustración con ella me daba ansias de hacer cumplir aquella tormentosa idea. Nada mejor que eliminar a Carlos, marido enamorado hasta las trancas, y enseñarle que mi idea era la correcta, pese a la otra de coherencia negativa.

¿Fue así cómo la inducí a querer matarlo? Alegaría en mi defensa que un ente extraño – una especie de energía maligna – bloqueó mi capacidad de raciocinio y después me obligó a cometer la corruptela. Esas fueron mis palabras exactas para mi hermana.

Tardó, pero me dijo sin titubeos que accedía a la petición, a lo que instantáneamente comencé a preocuparme. Nos observamos las pupilas el uno al otro, y ahí estaba: los ojos de una mujer cansada, sin brillo y con cicatrices de injusticia.

Por mi parte, el pavor me iba conquistando de pies a cabeza, tórridamente hallé el feo significado de mi irreversible proposición. Es innecesario, pero si le añadimos su figura malograda, pidiendo el mínimo de respeto conyugal, esa imagen se te queda grabado en la mente. No me fue dada la oportunidad de retirar mis palabras. Conjuré en mis interiores por que esa mujer recapacitara.

Lo que me llevó a no poder retirarme con desamparo del juego que había empezado; era la terrorífica idea de que su hermana señalase el sitio, la hora, el método, etc. Y que podría vengarse si se daba la posibilidad de que no cumpliera el cometido. Es el peor terror que, de verdad, siento recorriendo por mis órganos sanos o enfermos. Me importa menos que el peso de la tierra sí parezco un pusilánime, lo soy. Dejé claro previamente, que no la había visto desde hace media década.

"O elimino al esposo, o ella me denunciaría a la policía cómo mínimo. Elijo eliminar", solté para mi mismo, frente a sus lágrimas hirientes. Fue mas terrorífico cuando vi en sus mejillas la llegada de las comisuras de sus labios, sonriendo visiblemente. ¡ Dios! Odio la imprudencia de mis propias palabras, me ponen más pecados que virtudes sobre mis hombros. Para colmo, no pude evitarlo. Me imperó en hacerlo por última instancia, cuándo ya no quedaban más minutos de nocturnidad.

¿Dije antes que tenía miedo al posible desquite de ella? Bueno, la misma fuerza que nombré anteriormente me ofreció la respuesta. Esta noche mataré por ella, porque la quiero, pero más quiero mi libertad sobre cualquier acto egoísta que no sea el mío propio.

El asesino se levanta de su silla, terminando el soliloquio, poniendo rumbo a la casa de su hermana mientras el marido trabaja. El sol ha salido completamente y él camina sobre hojas muertas y hielo ennegrecido, la inmundicia del invierno.

Un abrazo y saludos compañero lector.

Una Obra Original

de

(Daniel Jorge Antón)